

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA MARCELO
"ALFONSO ALVARO"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III.



Los días después una gran marejada dejaba al descubierto las rocas profundas, y Lázaro, con el apasionamiento que sentía al comenzar cualquier empresa, no quiso esperar más: partió hacia ellas con las piernas desnudas y su sencillo sobretodo de tela encima de su traje de baño.

Paulina fué también de la partida, igualmente cubierta con traje de baño, y calzada con los gruesos

zapatos que solía ponerse para pescar cangrejos y langostas.

Cuando estuvieron á un kilómetro de la orilla, en medio de un campo de algas que chorreaba todavía el agua de la ola que se retiraba, el entusiasmo del joven estalló como si entonces descubriera aquella inmensa cosecha de hierbas marinas que ambos habían visto anteriormente más de cien veces.

—¡Mira, mira!—gritaba.—¡He aquí nuestro negocio! ¡Tiene más de cien metros de profundidad!

Luego nombraba las especies con gozosa pedantería: los *zósteros* de color verde suave, parecidos á finas cabelleras extendidas en vastas alfombras; las *ulvas*, de hojas de lechuga, anchas, delgadas y transparentes; los *fucos* dentellados y los vesiculosos, en tanta abundancia, que su vegetación llenaba los peñascos á manera de alto musgo; y conforme descendían por las rocas, siguiendo la ola, encontraban otras especies más grandes y extrañas, como la llamada *Cinturón de Neptuno*, semejante á una correa de cuero verdoso y de bordes rizados que parece tallada para el pecho de un gigante.

—¿Eh? ¡cuánta riqueza perdida!—exclamaba el joven.—¡Qué estupidez! En Escocia siquiera son bastante inteligentes para comer las ulvas, y nosotros

nos contentamos con hacer crin vegetal con los zósteros, y canastas para el pescado con los fucos..... ¡Y decir que la ciencia preconiza todavía el bárbaro método de quemar carretadas de algas para extraer de ellas la sosa!

Paulina, con el agua hasta las rodillas, gozaba con la frescura, y por otra parte la interesaban profundamente las explicaciones de su primo.

—¡Pero qué!— exclamó ella— ¿piensas destilar todo esto?

La palabra *destilar* sorprendió alegremente á Lázaro.

—Sí, destilar, si así lo quieres..... Pero eso es muy complicado; ya verás, querida..... No importa, y guarda bien estas palabras mías: se ha conquistado la vegetación terrestre, ¿no es verdad? las plantas, los árboles, las frutas. Pues bien; la conquista de la vegetación marina enriquecerá más que la otra al hombre que se decida á intentarla.

Y los dos, animados por su propio celo, recogían algas por vía de muestra, y cargaron con ellas, olvidándose de sí mismos en tal grado, que para regresar tuvieron que meterse en el agua hasta los hombros.

Y no obstante, Lázaro continuaba sus explicaciones, repitiendo frases de su profesor Herbelin: el mar es un vasto depósito de compuestos químicos,

y las algas condensan en sus tejidos las sales del agua en que vegetan: todo el problema consistía, por consiguiente, en extraer de las algas con la mayor economía posible los compuestos útiles.

Y hablaba en seguida de sacar de allí la sosa, de separar y entregar al comercio, en perfecto estado de pureza, los bromuros y los yoduros de sodio y de potasio, el sulfato de sosa y otras sales de hierro y de manganeso, de modo que no dejase ningún residuo la materia primera, entusiasmándole sobre todo la esperanza de no perder un solo cuerpo útil, merced al método del frío inventado por el ilustre Herbelin. ¡Oh! ¡había allí gran fortuna que ganar!

—¡Dios mío! ¿pero cómo habéis hecho eso?—gritó la señora Chanteau al verlos entrar en casa.

—No te incomodes—respondió alegremente Lázaro, arrojando su fardo de algas en medio de la terraza.—Toma: te regalamos piezas de cien sueldos.

Al día siguiente un aldeano de Verchemont fué con su carreta á cargar hierbas marinas, y se dió principio á los estudios en la cámara grande del segundo piso de la casa.

Paulina obtuvo el título de preparador y ayudante.

Aquello pareció una locura, un frenesí durante un

mes: el salón se llenó de plantas secas, de bocaleas y frascos pequeños, en los que nadaban arborescencias, de instrumentos extraños, de bizarros perfiles: un microscopio estaba instalado en un ángulo de la mesa; el piano desaparecía bajo retortas y calderas; el armario crujía con el peso de obras especiales y de colecciones sin cesar consultadas.

Lázaro quemaba las algas en un horno, y trataba las cenizas por el frío, con ayuda de un sistema refrigerante que se fundaba en la rápida evaporación del amoniaco; pero efectuaba estas operaciones instalando y haciendo funcionar económicamente los aparatos.

El día en que se segregaron de las algas y sus residuos hasta cinco cuerpos bien distintos, resonaron en la cámara gritos de triunfo: había entre aquéllas una proporción sorprendente de bromuro de potasio, el remedio de moda, que se vendería como pan bendito; y Paulina, que danzaba alrededor de la gran mesa como en los mejores tiempos de su aturdida infancia, bajó rápidamente la escalera y entró de súbito en el comedor, donde su tío leía un periódico y su tía marcaba servilletas.

—¡Bien, bien!—gritó.—Ya podéis caer enfermos, porque nosotros os curaremos con bromuro.

La señora Chanteau, que estaba delicada hacía tiempo con sus crisis nerviosas, y sometida por el doctor Cazenove al régimen del bromuro, sonrió y dijo:

—¿Tendréis bastante para curar á todo el mundo?..... Porque parece que todo el mundo está ahora desarreglado.....

Y la muchacha, que tenía recios miembros y rostro alegre radiante de salud, abrió los brazos como para esparcir la curación á los cuatro puntos cardinales del globo terráqueo, diciendo:

—Sí, sí: vamos á inundar de bromuro la tierra.
¡Adiós su gran neurosis!

Lázaro decidió instalar la fábrica en la bahía del Tesoro, que reunía todas las circunstancias apetecibles: playa inmensa rodeada de peñascos alfombrados de algas, terrenos baratos, materiales abundantes y cercanos, situación próxima al pueblo; y Paulina encontraba aplicación al nombre que ellos habían dado á la bahía, por la finura de su arena.

Los principios de la empresa fueron soberbios: adquisición de veinte mil metros en la desierta landa, y autorización gubernativa que obtuvieron después de dos meses de gestiones; los obreros comenzaron en seguida á trabajar; Boutigny llegó

también, un enano rojo como un cangrejo, de treinta años, muy vulgar, que desagradó mucho á los Chanteau, y el cual no quiso habitar en Bonneville porque tuvo la suerte (decía él) de encontrar en Verchemont una casa muy cómoda..... y en realidad para instalarse allí con una mujer, tal vez alguna perdida, sacada de los lupanares de París.

Lázaro se encogió de hombros ante aquellos miramientos de provincia, porque la muchacha era gentil, una rubia que debía tener gran abnegación para enterrarse viva en un país de lobos, y además no insistió, á causa de Paulina: lo que se esperaba de Boutigny era, en suma, vigilancia activa y organización inteligente del trabajo, y él aparecía siempre celoso, siempre alentado por el genio de la administración, y bajo sus órdenes las paredes de la fábrica empezaron á elevarse.

Por espacio de cuatro meses, todo el tiempo que duraron las obras de fábrica y la instalación de los aparatos, la bahía del Tesoro era objetivo de paseo diario para la señora Chanteau, Paulina y Lázaro; seguiales Mateo, algunas veces fatigado, arrastrando sus gruesas patas, con la lengua colgando y la respiración corta y agitada por soplos de fuego, y se arrojaba al agua cuando se le tiraba un bastón, que

cogía con inteligencia contra la ola para no tragar agua salada.

Lázaro en sus visitas apremiaba á los contratistas, y Paulina solía emitir reflexiones prácticas, muy exactas; pero Boutigny empezaba á manifestar inquietud, al ver que las cuentas aumentaban sin cesar. ¿Por qué no haberse contentado al principio con las piezas y las máquinas estrictamente necesarias? ¿Por qué aquellas construcciones tan complicadas, aquellos aparatos enormes para una explotación que debía ser reducida hasta haber tenido balance justo de las condiciones de la fabricación y de la venta?

Lázaro, por el contrario, se exaltaba: él hubiera dado á los colgadizos una fachada monumental, frente al Océano, desarrollando ante el inmenso horizonte la magnitud de sus ideas.

El negocio era muy divertido: Mateo se retrasaba constantemente, y Paulina y Lázaro, ocultos detrás de un muro cualquiera, se divertían como niños cuando el perro, no encontrándolos, iba y venía por el camino, creyendo que se habían extraviado.

Todas las noches se les recibía en casa con la misma pregunta:

—¿Y qué? ¿marcha eso? ¿estáis contentos?

Y la respuesta era siempre la misma:

—Sí, sí..... pero ¡como no acaban nunca!

Pasaron ambos dos meses en completa intimidad: Lázaro manifestaba á Paulina un cariño vivísimo, en el cual tenía gran parte la gratitud por el dinero que ella hubo aportado á la empresa, y algunas veces la mujer desaparecía ante él, como si viviese en compañía de un mancebo, de un hermano menor cuyas cualidades personales le cautivaban más cada día.

Paulina era tan razonable, tan valiente, y tenía una bondad tan encantadora, que le inspiraba estimación sincera, profundo respeto, contra el cual se defendía chanceándose con la muchacha: ésta le contaba sus lecturas y el horror de su tía al ver los grabados anatómicos, y en ocasiones él mismo se quedaba sorprendido y aun contrariado ante aquella niña tan *instruída*, no obstante la candidez de sus grandes ojos.

Y en seguida sus relaciones se estrecharon, y ella misma, sin otro deseo aparente que la satisfacción de aprender y de serle útil, abordaba libremente las cuestiones más arduas, y cuando dejaba escapar alguna idea ó frase demasiado clara, él se reía fuertemente y Paulina se enojaba. ¿Por qué en lugar de

reír no la manifestaba él los errores que cometía?

Pero al mismo tiempo una vaga turbación se mostraba en la muchacha: cuando Lázaro la abrazaba algunas veces fraternalmente, ella quedaba como sofocada, y su corazón latía con violencia; y era que la mujer, olvidada por los dos, se despertaba en su carne con la fuerza misma de su sangre.

Un día, al volverse Lázaro, tropezóla con el codo, y ella lanzó un grito y se llevó las manos al pecho. ¿La había lastimado? ¡Pero si apenas llegó á tocarla! Y él, con un movimiento natural é ingenuo, quiso desabrochar el corpiño de la niña, para ver el punto lesionado; pero ella retrocedió en seguida, y los dos permanecieron frente á frente, confusos, sonriendo con algún embarazo.

Otro día, ejecutando un experimento, ella rehusó meter la manos en agua fría, y él se asombraba, se irritaba. ¿Por qué semejante capricho? ¡Que se retirase de allí, si no quería ayudarle! ... Y al punto, viéndola ruborizarse, comprendió, y miróla con la boca abierta, como un estúpido..... ¿Luego aquella chieuela, aquel su hermano menor era, en efecto, una mujer?.....

Desde tal momento Paulina tuvo sensaciones hasta entonces desconocidas, de las que no hablaba

à nadie; no fingía, sino que las ocultaba por altivez y por rubor.

Varias veces se creía enferma de gravedad, porque se acostaba febril, agitada por insomnio, invadido su espíritu por el tropel tumultuoso de lo desconocido, y al siguiente día estaba como rendida por el cansancio, y no se quejaba ni aun delante de su tía: bruscos alientos de fuego, excitación nerviosa, pensamientos inesperados la asaltaban con frecuencia, y también rudos ensueños, contra los que ella misma se mofaba.

Una noche, después de la comida, hizo recaer la conversación en la vaguedad estúpida de los sueños. ¿Hay cosa más irritante que no tener defensa contra esas fantasmagorías de la imaginación? ¿Y no desespera la idea de que el ensueño es como la muerte de la voluntad, el abandono absoluto de la persona?.... Su primo, con teorías pesimistas, atacaba también à los sueños porque turban la perfecta dicha de la nada, mientras su tío establecía distinciones, amando los sueños agradables y abominando de las pesadillas de la fiebre.

Pero ella insistió con tal encarnizamiento, que la señora Chanteau, sorprendida, la interrogó sobre lo que soñaba.

—¡Oh! ¡nada!—respondió balbuciente.—Cosas absurdas, cosas demasiado vagas para conservar recuerdo de ellas....

Y no mentía siempre, porque sus sueños eran como apariencias que la rozaban, despertándose à la vida carnal su sexo de mujer, sin que nunca una imagen bien definida precisara la sensación: no veía à nadie, y podía creer en una caricia, en un arrullo del viento del mar que penetraba por la ventana entreabierta de su cuarto.

Pero el cariño de Paulina à Lázaro era más ardiente cada día, y no como su fraternal compañerismo de siete años, sino como el despertar instintivo de la carne: ella tenía necesidad de amarlo, de consagrarse à él, y una ilusión se le mostraba como el más inteligente y el más fuerte; su fraternidad se transformaba lentamente en amor, con la timidez pudorosa de la pasión que nace; risas de sonoros y trémulos ecos, contactos furtivos y amorosos, todos los encantos de los amores nobles empujados y estremecidos por el instinto genésico.

Él, protegido por su disipación en el barrio latino de París, continuaba considerándola como una hermana que ni aun con el deseo desfloraba: ella, por el contrario, virgen todavía, en medio de la soledad

en que no veía á nadie más que á él, le adoraba poco á poco, y se entregaba enteramente: cuando ambos estaban juntos, ella vivía con la presencia de él, anhelosa por servirlo, buscando con la mirada sus ojos.

Hacia aquel tiempo la señora Chanteau se extrañó de la piedad de Paulina, á quien vió confesar dos veces, y luego, de repente, la muchacha parecía como resentida con el cura Horteur, hasta el punto de no haber oído misa en tres domingos, y sólo volvió al templo por no causar pena á su tía. ¿Por qué? Tal vez porque la habían molestado preguntas y comentarios del cura, que tenía la lengua muy pesada.....

Por entonces fué cuando la señora Chanteau, con su buen olfato de madre apasionada, adivinó el amor creciente de Paulina; pero callóse, y aun nada dijo á su marido: aquel suceso fatal la sorprendía, pues tal vez un matrimonio entre los dos muchachos no entraba en sus planes.

De igual manera que Lázaro, continuaba considerando á su pupila como una chievela, y se prometió vigilar desde aquel instante, aunque no con grande afán, por causa de su hijo.

Este, llegados los días calurosos de Agosto, decidió

una noche que se bañaría en la mañana siguiente al ir á la fábrica, y la madre, teniendo en cuenta las conveniencias, acompañó á los jóvenes, á pesar del terrible sol que abrasaba, y sentóse cerca de Mateo en los peñascos poco menos que incandescentes, cubriéndose con su sombrilla, bajo la que el perro intentaba resguardar también la cabeza.

—¿Pero á dónde va esa niña?—preguntó Lázaro, viendo que Paulina se ocultaba detrás de una roca.

—¡Pardiez! Á desnudarse.....—dijo la señora Chanteau.—Vuélvete de espaldas, hombre, porque la das vergüenza, y eso no es conveniente.

Él continuó mirando hacia la roca, donde flotaba un blanco pedazo de camisa, y fijando luego la mirada en su madre, decidióse á volverse de espaldas, y se desnudó rápidamente.

—¡Ya estamos listos!—gritó.—¿Pero es que te pones un traje del color del tiempo?

Y Paulina corría hacia él, riendo alegremente, aunque sentíase algo confusa, porque desde el regreso de su primo no se habían bañado juntos.

Tenía su traje de nadadora, hecho de una sola pieza y sujeto al talle por un cinturón que la señalaba ampliamente las caderas; los contornos de su espalda y de su busto eran mórbidos y finamente

modelados; su garganta, sus piernas y sus brazos tenían la blancura sonrosada de un niño: asemejábase á un mármol florentino.

—¿Eh? ¿quieres que vayamos hasta los Picochets? —preguntó Lázaro.

—Justamente—replicó ella—hasta los Picochets.

La señora Chanteau gritaba:

—¡Cuidado! ¡No os alejéis! ¡No me hagáis tener miedo!

Pero ellos estaban ya en el agua.

Los Picochets formaban un grupo de rocas á flor de agua y muchas descubiertas aun en alta marea, y á un kilómetro próximamente de la costa: los dos nadaban juntos, sin apresuramiento, como amigos que salían á dar un paseo por hermoso y recto camino, y Mateo, que se arrojó también al mar para seguirlos, viéndolos avanzar hacia dentro sin descanso, volvió á la playa, sacudióse con fuerza, y llenó de salpicaduras de agua á la señora Chanteau.

—¡Tú sólo eres prudente!—exclamó la buena mujer.—¿Estará permitido arriesgar la vida de esa manera?

Ella descubría apenas las cabezas de Lázaro y de Paulina, errantes á flor de agua; el mar tenía oleaje bastante movido, y los nadadores se balanceaban

con suaves ondulaciones; los dos hablaban tranquilamente al ver las algas que pasaban por debajo con la transparencia de las aguas, y Paulina, fatigada luego, hizo la plancha, con la mirada fija en el cielo, como perdida en el fondo de la azul inmensidad.

Aquel Océano que la mecía era su mejor amigo; amaba su aliento áspero, sus ondas frías y castas, y se abandonaba á él con deleite, gozando en sentir que se deshacía en chorros inmensos por encima de su carne, saboreando la alegría de aquel ejercicio violento que regulaba los latidos de su corazón.

De pronto lanzó una exclamación, y su primo, asustado, la preguntó:

—¿Qué, qué es eso?

—¡Ah! Se me figura..... que mi corpiño ha estallado..... ¡He extendido mucho el brazo izquierdo!

Los dos se chancearon con aquel suceso, y ella empezó á nadar más lentamente, viéndose algo contrariada, porque, en efecto, su corpiño había estallado: toda la línea del hombro se rompió, y la muchacha tenía su pecho al descubierto.

Cuando llegaron á los Picochets, él subió á una roca y sentóse, como tenía por costumbre, á fin de cobrar fuerzas para regresar á la playa; pero ella continuaba nadando alrededor del islote.

—¿No subes?

—No, estoy bien.

Lázaro se incomodaba. ¿Era aquello razonable? ¿No podían faltarla fuerzas negándose á descansar algunos instantes para volver al punto de partida?

Pero ella se obstinaba, no respondiéndole siquiera: seguía nadando lentamente con agua hasta la barba, sumergiendo la blancura desnuda de sus hombros y su seno, vaga y lechosa como el nácar de una concha.

—¡Tercera, cien veces tercera!—acabó por gritar Lázaro, arrojándose al agua.—¡Te juro que si llegas á beber un sorbo, te dejo que bebas más y más!

Partieron, y no se hablaban; ella estaba sin aliento, y él la dijo que descansase haciendo la plancha. ¡Ni siquiera quiso escucharle!

Porque el rasgón de su traje se agrandaba, y al menor movimiento para volverse, su garganta y su pecho habrían aparecido sobre el agua como una eflorescencia de las algas profundas.

Entonces él lo comprendió todo, y viéndola tan cansada, temiendo que no pudiera llegar á la playa, aproximóse resueltamente para sostenerla; todavía ella quiso rechazarle y continuar sola, pero tuvo que apoyarse en los brazos de su primo, y

juntos los dos estrechamente consiguieron llegar á tierra.

La señora Chanteau, asustada, había corrido á esperarlos, y Mateo ladraba, metiéndose en las olas hasta el vientre.

—¡Dios mío! ¡qué imprudencia! ¿No os decía yo que ibais demasiado lejos?

Paulina se había desvanecido, y Lázaro la llevó en sus brazos, como si llevase una niña, hasta la playa, donde la dejó sobre su pecho medio desnudo y chorreando agua salada; mas pronto ella suspiró y abrió los ojos, y en reconociendo al joven, rompió á llorar amargamente, y le besó con afán ardoroso: aquel beso era como acto inconsciente; arranque libre de amor al salir de un peligro de muerte.

—¡Oh, qué bueno eres, Lázaro! ¡Cuánto te amo!

Y Lázaro quedó como aturdido por el arrebato de aquel ardiente beso, retirándose de allí con noble espontaneidad cuando la señora Chanteau se dispuso á vestirla.

El regreso á Bonneville fué penoso, porque uno y otro estaban rendidos de cansancio, y entre ambos caminaba la madre pensando en que era llegada la hora de tomar un partido.

Otros cuidados embargaron el sosiego de la fami-

lia: construida ya la fábrica del Tesoro, ensayáronse los aparatos y dieron resultados deplorables, viéndose Lázaro precisado á declarar que había combinado mal ciertas piezas y á marchar inmediatamente á París para consultar con su profesor Herbelin.

Y regresó pronto desesperado: el gran químico le dijo que convenía deshacer lo hecho, porque había perfeccionado su método, el cual modificaba absolutamente los aparatos; pero como los sesenta mil francos estaban gastados y Boutigny hablaba irónicamente de despilfarros, con la tenacidad insuperable del práctico que triunfa, Lázaro, que sentía vehementes deseos de pegar á tal hombre, lo habría abandonado todo en aquel punto, á no haber sido por la angustia que sufría ante la idea de que se perdieran los treinta mil francos de Paulina.

Su honradez, su dignidad se sublevaban: era necesario procurarse más dinero, á todo trance, porque no se podía dejar así un negocio que más tarde habría de producir millones.

—Ne te apures— repetíale su madre al verlo febril con la incertidumbre; — no te apures, que todavía podremos encontrar algunos billetes de mil francos.....

La señora Chanteau maduraba su proyecto: la

idea de un matrimonio entre Lázaro y Paulina, después de haberla sorprendido, parecía conveniente. ¿Pero eso lo arreglaría todo? Lázaro trabajaría en lo sucesivo para su mujer, y sin inquietarse por nueva deuda, pediría á Paulina la suma que necesitase.

En realidad, la señora Chanteau sospechaba, si bien confusamente, una catástrofe postrera, la ruina de su pupila; pero haría huir de su mente semejante ruin sospecha: ¿Lázaro no tenía genio? pues él enriquecería á Paulina, y ésta haría un buen negocio; su hijo era pobre, mas bien valía una fortuna.

El casamiento fué decidido muy sencillamente: una mañana la madre interrogó á la muchacha, quien manifestó sin rodeos, con tranquila sonrisa, el estado de su corazón; y por la tarde, aconsejando á Paulina que pretextara un poco de fatiga, ella sola acompañó á su hijo á la fábrica, y á la vuelta, cuando le explicó cumplidamente su proyecto, el amor de su prima, la conveniencia del matrimonio, las ventajas que todos con él ganarían, el joven quedó, al parecer, estupefacto. ¡Jamás había pensado en eso! ¿Pero qué edad tenía ya aquella niña? Ciertamente, él amaba mucho á su prima, y lo dejaba todo á la voluntad de su madre.